

EL GENIO.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DISCURSO

SOBRE LA FILOSOFIA FUNDAMENTAL DE

BALMES.

Entre la muchedumbre de filósofos que se disputan con sus sistemas el campo de la ciencia, y se proponen resolver los importantes y difíciles problemas que han agitado siempre la inteligencia humana; se contaba un escritor, lleno de juventud y de gloria, que adquirió laureles inmortales en el terreno de la filosofía, levantándola á la inmensa altura de su talento privilegiado: este escritor era Balmes. Al frente de su magnífica, sublime obra, monumento del siglo y de nuestro abatido país, se leen estas palabras que señalan lo vasto de su objeto y su importancia suma. «No me lisongeo fundar en filosofía; pero me propongo examinar sus cuestiones fundamentales; por esto llamo á la obra *Filosofía fundamental*. Me ha impulsado á publicarla el deseo de contribuir á que los estudios filosóficos adquieran en España mayor amplitud de la que tienen en la actualidad; y de prevenir.... un grave peligro que nos amenaza: el de introducirsenos una filosofía plagada de errores trascendentales.» Y luego añade: «En nuestra época no se contiene el mal con la sola represión; es necesario ahogarle con la abundancia del bien. La presente obra ¿podrá conducir á este objeto? El público lo ha de juzgar.»

¿Cuáles eran los males, cuáles los errores trascendentales, cuya introducción en España consideraba Balmes, como el manantial fecundo de funestos extravíos? Mientras los filósofos que precedieron á la revolución francesa, arrastrados por un sensualismo exclusivo ahogaban el espíritu, envolviéndole en materia; cuando seducidos por la aparente verosimilitud de sus hipótesis, creían llegar al término de la moral negando el deber, al de la legislación combatiendo la justicia, al de la metafísica explicando sus principios sin la intervención del espíritu, y al de la religión borrando con mano impia el nombre de Dios, escrito en la razón y en

la naturaleza con caracteres indelebles; una revolución profunda, la mas rápida y admirable que nos refiere la historia de la filosofía, se estaba realizando mas allá del Rhin en esta ciencia por un oscuro profesor, que en medio del retiro y en el silencio de la soledad habia meditado sobre los grandes problemas que agitan el espíritu humano. Es indudable que Kant estaba adornado de todas las cualidades necesarias á los autores de las grandes reformas filosóficas: la facilidad de penetrar en lo íntimo de las cuestiones, y analizarlas con inflexible lógica, de ordenar un vasto conjunto de conocimientos subordinándolos á una idea fundamental; el arte de divagar por regiones árticas desconocidas, y el privilegio de abarcar con genio poderoso y erudición inmensa los principios de las demás ciencias en auxilio de la filosofía.

La crítica de la razón pura logró en el momento de su aparición, además de la ventaja de satisfacer las necesidades de los espíritus, á quienes ya no contentaba el aparato científico de Leibnitz y de Wolf, hondamente minado con las dudas que Hume hacia nacer de toda metafísica, la de lisongear las debilidades de sus numerosos partidarios. «La curiosidad, dice Degerando (*Histoire comparée des systèmes de philosophie, tome second*) era esecitada al creer que se abrían sendas no recorridas todavía; el amor del misterio hallaba un encanto secreto en la oscuridad que envuelve toda la doctrina.... los espíritus contemplativos se detenían con placer en presencia de estos tipos ideales de la razón pura, el entusiasmo se alimentaba de una moral platónica que se impone á sí misma leyes; el amor á la singularidad aplaudía el neologismo; la vanidad se desvanecía con la idea de ser trasladada en alas del criticismo á una secta privilegiada entre los espíritus, revistiéndose de la prerrogativa del poder legislativo ó de la censura suprema en materias filosóficas; los espíritus mas comunes, despojándose del penoso sentimiento de su medianía, se creían transformados en genios cuyo destino habria de ser fundar una nueva era en la historia de la razón.»

Por otra parte las doctrinas de Kant, que miran con desdeñoso desprecio los sistemas de sus predecesores, tienen un poderoso atractivo para los partidarios de todas las teorías. Ellas proclaman la



filosofía de la experiencia, y fijan este límite á todo linaje de investigaciones, al paso que invocan el principio de que todos los conocimientos dimanán *a priori* de las leyes de la razón. El criticismo ha combatido las ideas innatas, y ha sostenido con Leibnitz que la experiencia resulta del enlace de los fenómenos por medio de las nociones interiores: ha imitado á Platon en sus ideas de la razón pura, á Aristóteles en sus formas lógicas, y Balmes ha patentizado sus armonías ocultas con los principios de Condillac.

Con tales antecedentes, reuniendo tan favorables circunstancias, ¿cómo era posible que la crítica de la razón pura no ejerciese un ascendiente esclusivo en la marcha de la filosofía en Alemania? ¿Cómo era posible que ese libro no fuese el gran centro de que había de surgir la muchedumbre de teorías filosóficas que dividen esta ciencia? Y conteniendo errores trascendentales, de funesta consecuencia, no era natural y lógico que los sistemas á los cuales diera nacimiento, estuviesen plagados de esos mismos errores y tristes estravios de que adolece el oráculo *infalible*? De allí, de aquellas profundidades, dice Mr. de Rosen Kranz, (1) hablando de la crítica de la razón pura, los resultados de la estética y de la lógica trascendental reciben para los grandes problemas de la teología, de la cosmología, de la moral, de la psicología una importancia nueva y que no sospechan siquiera los sentidos groseros de la mayor parte de sus aficionados. Ellos no conocen nada del encadenamiento que une la teoría de la ciencia de Fichte, el sistema del idealismo trascendental de Sheling, la fenomenología y la lógica de Hegel, la metafísica de Herbart, con la crítica de Kant.... Puede decirse en particular que los ingleses y los franceses no entenderán nada en el desarrollo de la filosofía alemana después de Kant, hasta que hayan penetrado la crítica de la razón pura; porque nosotros los alemanes dirigimos siempre allí nuestras miradas.... Así como para orientarse en el laberinto de las calles de una gran ciudad sirven las casas, los palacios, los templos, pero mas aun las torres que lo dominan todo; así en la filosofía contemporánea, en el enredo de sus que-rellas, no se puede dar un solo paso seguro, sino se tiene fija la vista sobre la crítica de Kant. Fichte, Sheling, Hegel y Herbart, hicieron de esta obra su gran centro de operaciones, tanto para el ataque como para la defensa."

(Se continuará.)

JUAN MARIA DE ORTI.

RECUERDOS DE UN MÉDICO.

INTRODUCCION.

Al recorrer la escala de los seres organizados, de aquellos que fueron señalados por la naturaleza

(1) Véase la vida de Kant que precede á la traducción francesa por Tissot.

como animales de sangre roja, cuya estructura particular; mas ó menos complicada, presenta diversas cavidades vitales en donde residen laboratorios distintos por los que, la vida, ese precioso don, sustentada por la combinacion de principios se mantiene y transmite formando el encadenamiento admirable que observamos, se encuentra á un ser predilecto, hijo de la materia y de Dios, sobre el cual, la suprema inteligencia complacióse en derramar sus dones, adornándolo con el destello del nimen y sabiduría.

El hombre pues compuesto de dos naturalezas diferentes, una que lo anima, otra que es animada, ó lo que es lo mismo, del alma y del cuerpo, es el único ser dotado de raciocinio, por el cual confiósele el gobierno de los demas, marchando con su cabeza erguida al frente de toda la creacion. Sin embargo, por esa misma escelencia, complicacion, estructura y duplicidad de sus órganos, fuele apropiado mayor número de enfermedades que afijen y lastiman constantemente su existencia: decimos que goza por su juicio la elevacion y dominio sobre todos los vivientes, porque no obra como ellos por mero instinto, sinó que, como dice Virey, por esa parte pensadora debe conceptuarsele, como un animal eminentemente filósofo: todo en él se produce por la influencia de su sensorio, de su alma, al par que el bruto, no vive mas que por su cuerpo: su sistema nervioso, es el origen del bien que disfruta, del mal que le aqueja: á estas facultades, á este desarrollo intelectual pertenece vencer y reinar; pues si solo á la fuerza fuérale concedido disputar la primacia, el Leon y el Tigre, la Ballena y el Tiburon, lidiarian por poseer el cetro del mundo ó el dominio de los mares.

No obstante, si nos limitamos á examinar al hombre puramente corporal, si con ánimo despreocupado estudiamos su organizacion y formas exteriores, encontraremos ciertamente lo escasa que aquella se mostró, respecto á los otros seres: sin poseer armas ofensivas y defensivas como estos, su piel hállese desnuda y espuesta á la influencia de los rayos solares, al rigoroso frio del invierno, á la intemperie de la atmósfera, que resisten los árboles con su corteza dura y compacta, los animales con sus pelos, puas, escamas, &c.

La debilidad de su prolongada infancia, los males que lo sugetan desde que nace, su insuficiencia, la destemplanza de apetitos y pasiones, el desconcierto del juicio y la ignorancia, siempre lo constituyeron en el mayor abandono: el hombre físico el hombre material no es nada, sin la educacion que pueda imprimirsele: es necesario enseñarlo á vivir, á hablar, á discurrir, se ha de sugetar á mil fatigas y tareas para cubrir sus mas pequeñas necesidades.

El llanto es la primera voz que se le oye: desnudo é inmóvil todos sus miembros lo vemos en el suelo gimiendo su horfandad: su vida la empieza tiranizado: lo fajan, lo envuelven, lo encadenan como si fuera un crimen haber nacido: el animal, no emprende bajo tales auspicios su carrera vital; y sin embargo hállese deprimido ante el orgullo ilimitado del hombre: sin mas afectos que los de su zelo, su reproduccion, no conoce la avaricia, la supers-

tición, la locura, la ambición y todos los furores que desgarran nuestra alma.

Síguese de lo dicho, que el hombre solo es para la naturaleza fuera de lo divino, de lo misterioso, una porción de materia organizada que cambia y transforma á su antojo, haciéndola sucesivamente crecer, enjendrar y perecer.

Empero ¿cuál es el reinado de este ser sobre la tierra ante las leyes de la divinidad de las cuales es el único intérprete y depositario? Nada: á ellas solamente debió el imperio de vida y muerte que ejerce sobre el animal y la planta, sujetándose él mismo á aquellos irrevocables y terribles decretos, que hacen enmudecer á todo el poder de la tierra, á la fuerza del género humano ante el eterno Señor de los mundos: *animalia fecit Deus propter hominem, hominem propter seipsum, si ergo animalibus ministrat propter hominum, quomodo hominibus non ministrabit propter seipsum?* (1)

Sin embarg, ese Dios que legó á su obra fuerza, semejanza, é inteligencia, para hacerlo valiente, hermoso é industrial, vistiendo con señorío el oro y la seda, dominando fogosos corceles, manejando la espada y el cañon, levantando torres y muros inespugnables, edificios de magníficas arquitecturas y de encumbradas cúpulas, construyendo bajeles, robando al cielo con el telescopio sus secretos, calculando por minutos la vuelta de los astros y eclipses, dióle al mismo tiempo los dotes de la sensualidad asociándolo con la muger, único ser de su especie estremadamente nerviosa, para prosternarlo y doblegarlo ante el imperioso yugo de sus caricias: ya no es el hombre desesperado, luchando contra la voluntad de los vientos en los mares; ya no es el hombre pensador y melancólico escaudriñando los secretos de la naturaleza; es solo un ente abrasado con el fuego divino de los placeres, magnetizado por el contacto finísimo de una piel delicada y pura: ¡qué contrastes despiertan esas pasiones en medio de la vida!... él es solo quien puede manchar el alhago, el amor del que lo arrebató: á él solo confió el altísimo apreciar sus mismas acciones en la balanza del raciocinio.

Así es, que hoy, lector mio, te presento en bosquejo una pequeña historia donde podrás estudiar los afectos encontrados de un alma apasionada víctima de su virtud é inocencia: en ella contemplarás á un ser desgraciado, luchando en la aberración de sus facultades intelectuales, con la misma naturaleza; disimula la escasez de mis conocimientos: tu juicio será el censor de mi ignorancia.

(Continuará.)

FRANCISCO CONTILLO.

SOBRE LA GUERRA.

Nos ha dado el Señor cielos hermosos
Con luz, porque los ojos alumbremos;

Y nosotros los pueblos ingeniosos
Con humo del cañon la oscurecemos.

Nos ha dado unas tierras deliciosas
Donde la vida sustentar podamos,
Y nosotras las gentes belicosas,
Con sangre de los nuestros las regamos.

Nos ha dado suprema inteligencia
Para adorar su ley mientras vivimos,
Y nosotros negamos su existencia
Y de la propia nuestra maldecimos.

Nos ha dado pasiones generosas
Y odiándonos vivimos en la tierra:
"Almas-nos dice-Paz; sed venturosas!"
Y respondemos *infortunio! guerra!*

Guerra al Oriente, guerra al Medio-dia
En cuanto abarque el sol guerra sangrienta;
Nuestra campana eterna de agonía
Por las batallas sus minutos cuenta.

Han de trocar los siglos pasajeros
Leyes, imperios, religiones, todo;
Pero la horrible estirpe del guerrero
Tiende su rama, del Egipto al godo.

¡Oh! de asesinos larga monarquía,
De siglo en siglo, transmitida viene;
Reinó antes de Moises tal dinastía
Y aun despues de Jesus, príncipes tiene...

Un perpetuo clamor son las naciones,
Toda la humanidad es solo un grito;
Cansada de sufrir generaciones
La tierra está, cansado el infinito.—

Tiende, oh paterno mar! tiende tus brazos
Y por piedad de nuestros hondos males,
De la tierra los míseros pedazos
Abisma entre tus formas colosales.

Tal vez al arrollar el viejo mundo
Tus soberanas moles avanzando,
Otras tierras mejor desde el profundo
Se irán á tus espaldas levantando.

Aquí estan las semillas corrompidas,
A Dios no pueden ya dar fruto bueno;
Y pues á Dios no sirven nuestras vidas,
Húndenos, mar, te servirán de cieno!!!

CAROLINA CORONADO.

(1) Sanctus Chrisost. in Matth.

ENRIQUETA DE BALZAC.

(Continuacion.)

5.

EL NOVIJO.

En el número de los jesuitas, cuyo restablecimiento en Francia habia sido autorizado por edicto del rey en fecha dos de Enero de 1614, habia un joven sacerdote recientemente entrado en la orden, y conocido por el hermano Bernardo. Vivía en la calle de Féronnerie, no lejos del mercado que á la sazón estaban ensanchando. Un modesto aposento dividido en dos partes por medio de un tabique de madera, componía toda su casa sirviendo una parte de alcoba y otra de clase para los discípulos.

Con el fin de ayudarle en la penosa tarea de la enseñanza, se habia unido á él un novicio de la orden, espíritu débil y limitado, cuya fanática sumisión hacia de él un ciego y dócil instrumento de sus menores caprichos. Era este un hombrecillo de poca gracia; la espresion de exaltacion y terquedad brutal, que formaban el fondo de su carácter, estereotipado, por decirlo así, sobre su rostro, anunciaba que ningun peligro podría hacerle retroceder y que no perdonaria medio alguno para conseguir el objeto que se hubiese propuesto. Consagrado á esta confraternidad en que esperaba entrar algun dia, Ravallac, este era su nombre, obedecía sin murmurar los mandatos del hermano, cuyo ascendiente sobre él era inmenso.

En efecto era terrible el dominio del hermano Bernardo; además del misterio que rodeaba sus menores acciones, ni uno solo de sus mas íntimos amigos sabia de donde habia salido, ni lo que era antes de su entrada en la orden. De genio poco comunicativo, vivía solitario y retirado, siempre sumergido en meditaciones abstractas ó entregándose á estudios científicos. Su celda estaba llena de raros instrumentos de fisica, y según decia Ravallac, de majia: poseía tal fuerza de atraccion en su mirada, que triunfaba de todo; cuando fijaba en una persona su ojos hundidos, se hacia dueño de ella, aun cuando hubiese sido su esclavo. Por medio de ciertos signos que hacia con los dedos adormecía á los hombres, y Ravallac no habia podido sustraerse á esta influencia sobrenatural.

Cuando algunas veces el novicio, creyéndose solo y lejos del hermano Bernardo, con el codo apoyado sobre la mesa de su cuarto que por una escalera oculta tenia comunicacion con la celda de su jefe, se perdía en estáticos ensueños que su devota imaginacion evocaba sin cesar, se sentía clavado en su puesto por un poder inesplicable. En vano procuraba defenderse; un sueño irresistible serpenteaba por sus miembros y los entorpecía: entonces se apoderaba de él el vértigo del miedo, hacia rechinar los dientes y temblar su cuerpo de espanto; sus facultades y memoria le abandonaban;

concluía por caer en un estado que ocupaba el término medio entre la vigilia y el sueño: y si trataba de ensayar la última tentativa para disipar este manejo horroroso; sus ojos medio cerrados encontraban en el umbral de la puerta la vista fascinadora del jesuita sin cesar fija sobre él penetrando sus pensamientos, y sin que pudiese evitar aquella mirada de linces que por un fluido invisible destilaba terror.

Luego tenia los ensueños mas estravagantes; tan pronto se veía en el cielo recibiendo de la Virgen la corona de mártir, como nadaba en un mar de sangre; ó colocado en fin en un trono de flores de lis llevaba sobre su cabeza la corona de Francia, y en su mano el cetro de los reyes.

En medio de esa multitud de sombras que se aglomeraban en sus ensueños, una sola imagen exacta de Enrique IV se le aparecía sin cesar mas distinta y mejor cortada... recordando á su memoria y á su corazón el odio que por instinto alimentaba contra los príncipes; porque desde su juventud los argumentos de los teólogos, los libelos y discursos de los jesuitas, así como los acaloramientos de la Liga, habian impreso en su espíritu una grandísima aversion á los reyes. Cuando despertaba de este sueño singular veía delante de sí al hermano Bernardo que le predicaba sobre esta creencia.

«Que es lícito matar á los que ponen en peligro á la religion católica, ó á los que hacen la guerra al Papa.» Tales medios debían infaliblemente enagenar una razón tan débil, y estas discusiones lo exaltaban de tal modo, que no podía oír pronunciar el nombre de hugonote sin enfurecerse. La austeridad de su vida y la estrema necesidad á que se hallaba reducido contribuyeron aun á turbar su cerebro é irritaron cada vez mas su humor atrabiliario.

El hermano Bernardo que premeditaba sombríos intentos, creyó que esta máquina humana era propia para ejecutarlos: confirmó á Ravallac en sus accesos de rabia contra la dinastía, y llegó á situarle sin saberlo el encantándole con supuestas visiones y otros artificios semejantes.

En la noche del 13 al 14 de Mayo de 1610, á causa de una horrorosa tempestad subió Ravallac á la celda de su dueño con todas las muestras de una extraordinaria turbación; los vestidos manchados y calados por la lluvia; y su rostro pálido parecía cadavérico al resplandor de los relámpagos.

Cuando hubo llegado donde estaba el jesuita, cerraba tristemente un cofrecito de acero, del cual se escapaban suaves perfumes: muchas veces pasaba así las noches enteras registrándolo y solía sorprenderle la aurora en estas tristes meditaciones; no parecía sino que esta cajita le comunicaba una fuerza interior que impedía que sus sentidos sucumbiesen al cansancio: volvió á poner el objeto de tantas viglias en una grande arca de encima de la cual se apartó al punto Ravallac por temor de ser víctima de algun encanto.

—Que quieres? preguntó seriamente al novicio.

—Padre mio..... balbuceó este último á quien el miedo acometió á pesar suyo; padre mio, ella está aquí!

—Quién?

—Ella..... la que amo..... vos lo sabeis.....
Enriqueta!

A este nombre se estremeció el sacerdote y se puso pálido como un muerto.

—La he arrebatado ahora mismo de su convento, continuó Ravallac, de donde me suplicaba que la sacase, cada vez que yo iba de parte vuestra á hablar con la señora abadesa.

—Y sabes tú que este infame rapto conduce al infierno?

—Señor, una fuerza sobrehumana me ha impedido á esta accion. Viendo diariamente á esta pobre reclusa sufrir y luchar con la enfermedad, mi corazon esperimentó una inmensa compasion,.... despues, un profundo amor, añadió en voz baja y estremeciéndose como las hojas de los árboles: he podido hacer otra cosa que ceder á sus ruegos? La veo debilitarse hace quince dias en horribles tormentos: ya hace quince dias, Señor! Y eso á pesar de los polvos infalibles que me entregásteis para ella y que deciais que eran tan salutíferos, ay de mí!

Una sonrisa sardónica asomó á los labios del jesuita.

—Y en que puedo servirte ahora? dijo al entristecido novicio.

—Oh! la infeliz se ha desmayado, é imploro vuestro socorro para volverla á la vida!

Una espresion de doloroso embarazo, consecuencia de la lucha interior que tenia que sostener estaba pintada en las facciones del hermano Bernardo. Pareció vacilar un momento si seguiria á su lego, ó si permanecería apartado de aquella á quien su venganza habia herido de muerte; pero el deseo de ver aun otra vez á Enriqueta, causa de las desgracias que habian acibarado su existencia, venció sus vanos escrúpulos. Hizo una seña á Ravallac que, inclinándose en prueba de reconocimiento, le precedió con una luz, y ambos bajaron los estrechos escalones.

Ante el lecho en que yacia postrada Enriqueta, se detuvo el sacerdote, como asustado por lo horroroso de su propia obra.

—Es esa, pensó, aquella beldad tan altiva que yo admiraba en otro tiempo? Qué ha sido de tantos encantos y tanta magnificencia? Esas arrugas, esos cabellos encanecidos por la humedad del claustro, esos ojos apagados por el exceso de sus lágrimas, esas facciones prolongadas, marchitas y desecadas pertenecen efectivamente á la Señorita de Balzac? Es esto realidad ó no es mas que un sueño?

Sentóse con colérica sonrisa á la cabecera del lecho de Enriqueta y dejó obrar á Ravallac, que dedicado enteramente á los afectuosos cuidados de que colmaba á su protegida, no habia notado la fria indiferencia del ministro de Dios, y redobló sus esfuerzos para hacer salir á Enriqueta del estado en que se hallaba. Trabajo inútil! La desgraciada habia llegado al último grado del sufrimiento humano é iba á sucumbir.

(Se concluirá.)

T. por R. de Muro.

VIAGE DEL PUERTO DE SISIRAN AL REINO DE

NUEVA ESPAÑA,

POR EL ESMO. SR. D. FRANCISCO ANTONIO MOURELLE.

(Continuacion.)

Con tantas consideraciones como me presentaban los previstos acasos de mi derrota, no podia dejar de padecer la natural afliccion que un sentimiento de humanidad me producía á la vista de aquellas miserias, hijas de la poca reflexion con que dispusieron las provisiones de mi fragata, y con este contraste de pensamientos navegué por los rumbos que entre el S. y el E. me facilitaron los vientos, en cuyo camino descubrí el 26 de Febrero una pequeña Isla por la proa hácia la cual me diriji buscando fondeadero donde amarrarme.

La complacencia general poseyó los corazones de todos, y los semblantes que antes ofrecian el aspecto mas melancólico, manifestaron entónces un particular estremo de alegría que sepultaba en el olvido todas las miserias pasadas: cada uno pensaba en las frutas deliciosas que su imaginacion le hacia esperar de aquella isla, y se representaba como perfeccion de su felicidad los claros arroyos que bajarían de la montaña donde saciarían la sed que los abrasaba.

Poco duraron estos momentos dichosos; pues habiéndonos acercado á muy corta distancia de ella vimos claramente que sus escarpadas orillas no ofrecia parage oportuno para desembarcar, ni hallábamnos abrigo donde dejar caer nuestras anclas, de suerte que en la fea perspectiva de su monte y faldas que no tenían árboles ni campos que indicasen los espresados socorros, cayeron de nuevo en su antiguo desconsuelo, apesar de haberles persuadido que bien presto veríamos otras tierras, y en ellas sin duda hallaríamos lo que deseábamos.

Separados de esta Isla que no puede dejar de llamarse de la Amargura, proseguimos el rumbo hacia el S, y el 27 descubrimos otra que tenia un monte muy alto con su cumbre enteramente requemada; pero sus faldas que ofrecían á nuestros ojos una agradable frondosidad de verdes árboles, con muchos cicales entre ellos, hacían que nuestra imaginacion se representase un bello jardin para olvidar las pasadas calamidades.

Bien se deja conocer el esfuerzo que de mi parte pondría para dar fondo en ella; pero los vientos E. flojos y oscuros, que por entónces corrían, no me dejaron aprocsimar á menos distancia de una legua de sus orillas donde enteramente calmaban y me detenían.

En esta situacion llegaron algunas canoas con cocos y plátanos, que al momento feriaron mis marineros, y los indios que las condujeron entraron en mi bordo sin aquellos recelos y observaciones, que en mis descubrimientos anteriores practicaban los bárbaros de las costas septentrionales de California.

Aquella satisfaccion tan desnuda de sospecha no dejó de complacerme, comprendiendo que la sanidad de sus intenciones no les daba márgen á vivir

recelosos entre nosotros, y mas confirmé este sentimiento cuando vi que el que los mandaba se esforzó en manifestar su afabilidad y cariño por medio de bailes y representaciones, que hizo sobre el alcázar de mi fragata, en donde me regaló algunos petates y una especie de colcha que tenía tres varas en cuadro fabricada como el papel de estraza, á diferencia que para su mayor duracion se componía de dos ó tres hojas unidas las unas sobre las otras: entónces procure corresponderle en términos que su agradecimiento le estrechase su amistad y en efecto no pudo dispensarse de ofrecerme aquella Isla, que se llamaba *Late* de quien siendo Gefe quería facilitarme varias frutas y agua, suplicándome que para este efecto fué á dar fondo en sus inmediaciones y aunque no veíamos abrigo donde amarrarnos me fueron agradables estas humanas expresiones.

En los bordos que repeti sobre ella con el fin de aprocsimarme á dar fondo en sus inmediaciones, descubrimos otras varias islas, que nos demostraban al E-N-E. la distancia de 12 leguas, y como su mayor estension y variedad daba esperanza de que en sus canales tendríamos abrigo suficiente y halláramos cuanto solicitábamos, al punto me resolví á dirigirme hácia ellas, mas como por entónces soplaban ventolinas ó se mantuviésem calmas, no pude conseguir mi objeto hasta el día 4 de Marzo que entré por la boca del N-O y en ella me fué fuerza anclar en 45 brazas de agua sobre arena y lama prócsimo á la tierra para que pasada la noche pudiese introducirme en lo interior de aquel puerto.

Desde allí veíamos en una ensenada algunas casas, crecidos platanales y cocalos con vivas apariencias del agua que solicitábamos y admirables senos que ofrecían el mayor abrigo de los vientos y mares, de cuya suerte no puede dudarse que nuestras inquietudes cesaron en aquel momento.

El día 5 al amanecer me aseguré en lo interior de la ensenada distante dos cables de las orillas y mis anclas quedaron en 38 brazas de agua sobre arena y cascajo.

En la navegacion tuve cuidado de hacer cortar á los cables la cantidad que hay desde las vitas á la entaligadura, por si la continuacion de algunas aguas y humedades los hubiese dañado y con esta precaucion quité todo recelo mayormente cuando dos de ellos eran nuevos, de aquellos que pedí al Alcalde de la provincia antes de mi partida.

Mientras me acercaba á estas islas llegaban á bordo diariamente ya 50, ya 400 canoas que conducían lechones, gallinas, plátanos, cocos y raíces de una vara de largo, y grueso de un fornido muslo á lo que llamaban *Ufis*; del propio sabor de la papa cuando eran asadas, cuyo peso se extendía desde tres hasta treinta libras, las cuales fueron en lo sucesivo por mas útiles nutritivas y duraderas mas apreciadas de nosotros.

También conducían petates tegidos de palma y de otra especie mas finos, una especie de lienzo angosto muy flectible fabricado de las hebras de pequeños arbolitos, y en fin aquellas colchas ó estrazas á quienes daban el mayor valor, verificando la feria al costado de la fragata, sin que por

entónces hubiese de una y otra parte sospechas de mala fe en los contratos.

Todo el empeño de los indios se dirigía á recibir hachas, hazuelas y otros instrumentos cortantes por sus comestibles y manufacturas; pero concebí que una vez que tomasen el gusto de semejante moneda no sería posible reducirlos á que nos facilitasen sus socorros por otras especies, al momento prohibi con el mayor rigor la verificación de semejante trueque; y aunque al principio se mantuvieron constantes por su parte en su pretension, los hizo ceder el primer día, la aprocsimacion de la noche que los precisaba á retirarse, y la obstinacion nuestra en ofrecerles solamente pañuelos, y otros parecidos géneros.

Entónces abrieron el contrato público y admitieron los mas despreciables trapos por cuanto en sus canoas tenían, de modo que los marineros hacían tiras de sus camisas, calzones, chupas, bandas &c. para proveerse de aquellos refrescos y como traían de Manila alguna cosa para el uso de sus casas procuraron también con ella proporcionarse cuantos víveres pudieron: los pañuelos se partían para cambio de los lechones, y las bandas de saya las ví mil veces en pequeñas banderolas que solo podían servir á complacer la ignorancia de aquellas rústicas gentes, con cuyas abundantes provisiones suspendí la racion de carne, y solo administré la mitad de pan.

Los indios al paso que llegaban me persuadian que me introdujese en lo interior del puerto esforzándose cada uno á llevarme hacia su Isla en donde me aseguraban el agua y refrescos que conducían: los Equis ó capitanes me presentaban sus regalos al momento que llegaban y con mi ventajosa correspondencia se manifestaban satisfechos hasta el término de comer conmigo, pero solo de sus frutas tomaban.

Con la multitud de pueblo que se juntaba concurrían un número escetivo de Equis, que todos mandaban despóticamente sus gentes y esta observacion me hacia concebir mucha division entre todos; pero la general armonia con que se manejaban desmentía este concepto.

En las canoas venían muchas mugeres cuyo rostro fué desagradable á nuestra vista, vestidas del propio modo que los hombres con petates, ó las mas distinguidas, con las estrazas desde los pechos (que dejaban descubiertos) hasta los pies.

La bien proporcionada estatura de los hombres, me hizo medir sobre el alcázar algunas de los que estaban en mi bordo, y los hallé de seis pies cuatro pulgadas inglesas, respectivamente gruesos, y de una estrema agilidad sin que fuesen los mayores de aquella nacion pues en lo sucesivo vimos muchos que á nuestra vista nos parecieron de mas tamaño. Lo cierto es que generalmente todos son bien dispuestos, sin que entre ellos hubiésemos visto cojos, tullidos ni imperfectos con alguna deformidad natural ó artificial de suerte que los menores competían con los mejores de mi buque, siendo esta diferencia origen de una mofa general que hacían de aquellos, que yo tenía destinados á la conduccion del agua y leña por menos útiles en las armas.

(Se continuará.)

Á MI AMIGO

D. MANUEL R. DE BERLANGA.

Oh! bien sabes cuán grato, caro amigo,
Es á mi corazon darte este nombre;
Y bien conoces cuanto á Dios bendigo,
Que dió este afecto al corazon del hombre:
Del hombre, que formó como testigo
De su gloria eternal y su renombre:
Sí, bien conoces la afeccion divina
Que por tí siento, y hácia tí me inclina.

Duros padecimientos me llenaron
De pena el alma, el pecho de amargura,
Y en tu tierna amistad siempre encontraron
Alivio mis dolencias y tristura;
Y al escucharte luego se calmaron,
Trocándose en momentos de ventura,
Como del arpa al acordado acento
De un convulso se calma el sufrimiento.

Recuerdo que con ánimo abatido
Tu compañía y consejos esquivaba,
Y de tierno cariño poseído
Tu corazon dó quiera me buscaba:
El acento recuerdo dolorido
Con que dulce tu voz me convidaba
De la vida á gustar los suaves goces,
Así diciendo en acordadas voces.

«¿Porqué quieres, amigo caro al alma,
El caliz apurar del sufrimiento?
Ven del campo á gozar y de su calma
Y abandona tan duro sentimiento;
Ven, y el florido césped, y la palma,
Y el leve murmurar del manso viento,
Y del pastor la dulce cantilena
Serán alivio de tu amarga pena.

«Ven del campo á gozar y de las flores,
Y en el silencio de la selva quieta
Escucharás la cingta de amores
De la zagala tímida y coqueta:
Ven y verás del sol los resplandores
Y que á su tibio aliento la violeta
Abre su cáliz, cual los ojos abre
Dormida niña al beso de su madre.

Luego notando la tristeza mia
Me dijiste buscando otro consuelo:
«Sino te agrada el campo y su armonía
El verde pradecillo y riachuelo,
¿A la sublime y noble poesía
Porqué no subes con seguro vuelo,
Y hallarás en su templo sacrosanto
Consuelo delicioso á tu quebranto?»

Hablaste; y mientras te escuché callado,
Y abrí mi triste pecho á la esperanza;
Pues sabio tu consejo habia llevado
A mi intranquilo espíritu bonanza:

Yo te escuché gozoso y animado
De la consoladora confianza
Que anima al labrador, que en año seco
De la primera lluvia escucha el eco.

Ah! gracias, gracias, hombre generoso:
Tú me enseñaste de la triste vida
El camino mas breve y mas hermoso
Para la calma recobrar perdida:
Sí, caro amigo, sí, tú cariñoso
Me llevaste por senda conocida
Para mostrarme con tu mano abiertas
Del sacro templo las doradas puertas.

Gracias mil veces y otras mil te doy,
Pero perdona tú mi atrevimiento;
No sé ni lo que digo, ni dó estoy,
No conozco si canto ó si lamento.
¿A dónde con mis tristes versos voy.
Si la pluma me embarga el sentimiento?
A decirte que siempre, caro amigo,
Tu dulce nombre vivirá conmigo.

JOSÉ MORENO MAZON.

EL LICEO.

Vamos á poner al corriente á nuestros lectores de lo que ha adelantado el proyecto de Liceo, desde nuestra anterior revista.

La comision de Reglamento dió cuenta de sus trabajos en la reunion celebrada la noche del 14. Despues de su lectura hubo proposiciones, sobre si habia de discutirse desde luego, imprimirse para su discusion, admitirse en su totalidad y otras, pero la que conceptuamos mas admisible porque tendia á establecer la mayor claridad sobre la materia de que iba á tratarse, fué la de que solo se discutiesen las bases y objeto de la asociacion, sin tocarse para nada la parte reglamentaria que era para mas tarde; proposicion que como las demas no fué admitida con sentimiento nuestro, porque de prevalecer sin duda hubiéramos conocido la opinion de los concurrentes sobre lo que tiene de realizable la idea del Liceo en la forma que se proyecta. Desechada, como va dicho, toda proposicion, se acordó tener al público el reglamento, entre tanto que llega el juéves 22 del corriente señalado para su discusion.

Sentimos no haber podido examinar todavía el proyecto en cuestion, para formar nuestro juicio y transmitirlo á nuestros lectores; pero deseosos de comunicarles cuanto ocurra en el asunto, vamos á insertar una proposicion que circula, y que no dudamos merecerá buena acogida, supuesto que en ella se indican los medios mas oportunos para hacer realizable la instalacion de la sociedad que se propone.

"Los individuos que suscriben han examinado

el proyecto de Reglamento para establecer en esta Ciudad un Liceo artístico y literario, que ha formado la comision nombrada al intento; y aunque aplauden sobre manera el celo, laboriosidad y buen deseo con que la misma ha desempeñado su cometido, consideran que por dificultades nacidas las mas de localidad, no puede prosperar la asociacion de que se trata, mientras no se acomode en su objeto á las circunstancias peculiares de la Ciudad en que ha de instalarse.

La comision misma da pruebas de apreciar esta verdad, en el hecho de proponer la sustitucion de un círculo de entretenimiento y diversion, á un Liceo, que las capitales que cuentan con grandes elementos no pueden sostener.

Admitiendo pues semejante idea, los que suscriben la creen realizable, si se concreta á establecer un punto de reunion para personas cultas, llámesele casino, círculo ú otra cosa, donde á la vez de pasarse el tiempo, tenga tambien entrada el cultivo de las artes y de las ciencias, desarrollándose la emulacion que nos conduce al estudio y proporciona las mas veces, preciosos hallazgos de inteligencias privilegiadas condenadas á la esterilidad, por falta de ejercicio.

Todo esto tiene cabida en el proyecto siguiente, que deseamos se tenga en cuenta para la reunion próxima.

Art.º 1.º Se establecerá en Algeciras una sociedad con la denominacion de "*Círculo Recreativo*" regida por un Reglamento que se formará para su instalacion.

Art.º 2.º El Círculo tendrá por objeto la reunion de sus socios.

1.º Para tertulias, bailes y conciertos.

2.º Ejectuar piezas líricas y dramáticas.

3.º Certámenes sobre los asuntos literarios, ú competencias artísticas que tuviesen por conveniente.

Art. 3.º Cada socio que en ella se inscriba, estará obligado á contribuir con una cuota mensual, que en ningún caso podrá exceder de 15 rs.

Art.º 4.º Con objeto de crear recursos para la instalacion del Círculo se darán cuatro funciones lírico-dramáticas por los Sres. aficionados que á ello se ofrecen y el producto liquido se rifará seguidamente por el duplo; admitiéndose tambien las donaciones voluntarias que se hicieren.

Art.º 5.º Para llevar adelante este proyecto se nombrará en la reunion próxima si mereciere acogida, una comision de tres individuos, que agregados á la ya nombrada, compongan la *junta directiva de instalacion*.

Art.º 6.º Esta junta abrirá un registro de inscripcion en los puntos que conceptue oportunos, en el cual irán firmando los que quisieren ser socios, y entenderá en todo lo respectivo á facilitar las representaciones y rifas.

Art.º 7.º A los ocho dias de abierto el registro se dará cuenta en junta general de su resultado, y en el caso de ser favorable, la junta procederá.

4.º A la recaudacion del producto de las sus-

cripciones, el de las donaciones, y facilitar la ejecucion de las representaciones y rifas.

2.º Designar la casa que crea apropiado, y decidir el precio de su alquiler, cuidando de que contenga.

Sala principal.

Otra mas pequeña para biblioteca y lectura.

Idem. para juegos permitidos.

Un cuarto para Secretaría.

Idem. para el Conserje.

Café.

3.º Formar un presupuesto del costo del asco de la casa y su mueblaje.

4.º Admitir y presentar las proposiciones que se hiciesen sobre el establecimiento y servicio del Café.

Art.º 8.º De estos trabajos se dará cuenta á la reunion general, tan luego como se consideren arreglados, para que en su vista se adopten por los socios inscriptos las disposiciones necesarias á fin de que tenga efecto lo consignado en las bases de este proyecto, y se nombre la junta directiva la cual formalice el Reglamento utilizando los trabajos presentados por los Sres. de la comision.

Si se adopta este pensamiento los que suscriben ofrecen presentar todas las proposiciones que juzguen indispensables para la facil ejecucion de su proyecto, y especialmente en la ultima reunion que designen.

Algeciras 17 de Marzo de 1849.

(Siguen las firmas.)"

Vamos á concluir este artículo esplicando algunas palabras contenidas en nuestra revista de 4 de Marzo, á las cuales parece haberse dado un sentido de que carecen. Nosotros dijimos que la resolucion adoptada por los concurrentes de formar un reglamento antes de constituirse la sociedad que habia de regir, habia sido cuando ménos, muy ligera, y que solo el entusiasmo producido en algunas cabezas, tal fué nuestra espresion, por lo grandioso del asunto, pudo motivarla. Con esto no entendimos ofender á persona alguna y si solo lamentarnos de la precipitacion cometida; pero desgraciadamente la susceptibilidad un poco escajera da de varios señores les ha hecho ver en nuestras sencillas palabras una especie de agravio que no ecsiste. Nos creemos muy dichosos con hacer esta aclaracion, que deseamos se estime en su justo precio, y que es debida á nuestro anhelo de evitar toda division, cuando se trata de llevar á cabo un pensamiento, útil como pocos para la ciudad que nos vió nacer.

ALGECIRAS: IMPRENTA Á CARGO DE D. RAFAEL CONTILLÓ.